

ruina de las familias, *cadavera quae lacerantur*. Todo su barrio le conocía, y cuando aquel buen anciano se dirigía á pie al Palacio, la gente le saludaba diciéndole: «Buenos días, señor Broussel.»

Así que lo hubieron arrestado, formóse un gran grupo atraído por los gritos de su criada, que exclamaba: «¡Que prenden al señor Broussel!» La noticia corrió por el muelle, por el río, habitado en aquella sazón por centenares de barcas, por los puentes á cuyos lados se alzaban casas, y por las callejuelas vecinas, tan estrechas que con los brazos abiertos se tocaban las dos paredes, y la emoción de aquellas gentes humildes que se veían á todas horas revistió caracteres de exasperación. Tendieron las cadenas que servían para cerrar de noche los extremos de las calles, y se construyeron innumerables barricadas que llegaban hasta cerca del Palacio Real. A los artesanos, bateleros, faquines y verduleras, se agregaron las gentes sin trabajo, los buscavidas, los paseantes del Puente Nuevo y los que dormían al raso. La reina ordenó que la canalla fuese dispersada, pero las compañías de los guardias se vieron detenidas en su avance por las barricadas que los parisienses habían dispuesto con su arte innato de ingenieros para revoluciones. Por la noche, los insurrectos acamparon en las calles calurosas y convertidas en humanos hornigueros (1).

Al día siguiente, 27 de agosto, por mandato de la reina, la milicia de la ciudad tomó las armas. La corte contaba con la fidelidad de estos conservadores; la burguesía, es decir, los mercaderes de los grandes gremios, los grandes y pequeños rentistas y los propietarios de casas, temía, en efecto, el desorden, pero sufría también á consecuencia del mal estado de los negocios y de la disminución de las rentas. Además, era liberal é «infestada del bien público,» como decía la corte, y sobre ella ejercía gran influencia el Parlamento. Este era el que gobernaba la ciudad desde que el rey había anulado ó poco menos las libertades municipales; estaba en relaciones diarias con el municipio, le enviaba diputaciones, le hacía comparecer ante él, fiscalizaba su hacienda y el servicio de las rentas y organizaba los servicios de abastos, de vialidad, de higiene y de administración hospitalaria; y era el juez de apelación de las numerosas jurisdicciones inferiores y los curiales le acosaban con su clientela tumultuosa. Por último, el Parlamento de París era genuinamente parisiense y se reclutaba y emparentaba en la alta burguesía que lo amaba y admiraba. La mayor parte de las compañías de la milicia estaban mandadas por parlamentarios; no es, pues, de extrañar que la milicia convocada para restablecer el orden gritara «¡Viva Broussel!» del mismo modo que en 1830 gritará «¡Viva la Carta!» y en 1848 «¡Viva la Reforma!»

El Parlamento se dirigió en corporación al Palacio Real para reclamar los prisioneros, y las cadenas y las barricadas se abrieron para dejar paso á las grandes togas. La reina, que no se había levantado hasta las nueve, recibió muy mal á los magistrados, pero el duque de Orleans y Mazarino la calmaron. En París no había,

(1) Acerca de la Jornada de las Barricadas, véase el relato que inserta Feillet en el tomo segundo de las Obras del cardenal de Retz, en los *Grands Ecrivains*, págs. 607 á 620.

por decirlo así, policía; las tropas de la «Casa del rey,» muy poco numerosas y alojadas en las casas particulares, pues aun no se conocían los cuarteles, no estaban muy seguras; muchos soldados de los guardias franceses decían que no dispararían contra el pueblo, y en el propio Palacio varios criados animaban á los magistrados diciéndoles: «No cedáis y os devolverán vuestros consejeros.»

La reina, después de haber manifestado que antes que ceder «estrangularía» con sus propias manos á Broussel (téngase en cuenta que muy á menudo hablaba de «estrangular,» aunque en el fondo no era una mujer del todo mala), consintió en poner en libertad á los presos con la condición de que el Parlamento prometiera no ocuparse de asuntos de justicia. Los parlamentarios se encaminaron al Palacio de Justicia para deliberar acerca de esta proposición, pues jamás deliberaban fuera de allí.

Apenas salidos á la calle, los insurrectos, que no entienden de fórmulas, los apostrofan y los insultan y rodean al primer presidente, Mateo Molé. Era éste un fiel servidor del rey y del Estado y un mediano guardador de los derechos del Parlamento, un hombre enérgico y valeroso de quien dice el exergo de uno de sus retratos «que nunca varía de corazón ni de rostro.» Alto, erguido, con larga cabellera y ancha barba que servía de marco á un rostro severo, resultaba una figura realmente venerable. Esto no impidió que varios insurrectos, cogiéndole por la barba, le gritaran: «¡Vuelve atrás, traidor!» Molé se impuso con su soberbia actitud, pero obedeció la intimación de volver al Palacio Real; en el entretanto, muchos de sus compañeros se habían escapado como habían podido. El Parlamento, pues, se avistó nuevamente con la reina, y contrajo casi el compromiso que se le había exigido; entonces la soberana mandó que se pusiera en libertad á los presos, siendo preciso correr en busca de Broussel que iba ya camino de Sedán. Las barricadas subsistieron hasta la mañana del 28, día en que llegó Broussel en medio de uno de los más grandes triunfos tributados á sus predilectos por la ciudad que con tanta frecuencia se equivoca en sus amores.

Aquellas jornadas habían sido verdaderas jornadas revolucionarias parisienses: un Parlamento en conflicto con la corona, el populacho sublevado, una guardia nacional vacilando entre defender al gobierno ó combatirlo, y la corte desatinada y capitulando al fin. En un momento, la antigua monarquía pareció en peligro:

«Señora,» había dicho á la reina el primer presidente, es cuestión de vida ó muerte y haríamos traición á nuestros cargos y á nuestros deberes si no insistiéramos para obtener lo que el pueblo pide. El peligro es tan público que no hay modo de ocultarlo; la plebe se ha alzado en armas; hay barricadas en las calles... y esto no es más que el comienzo, pudiendo el mal agravarse de tal manera que perezca la autoridad real.»

Habría habido peligro, en efecto, si la fuerza que de pronto había surgido hubiese estado dirigida por jefes suyos y hubiese sentido pasión por las ideas; pero ni la burguesía ni el Parlamento querían una revolución. El populacho no entendía nada de política; explotado y oprimido, había aprovechado gustoso la ocasión que se

## CAPITULO II

LA FRONDA (ENERO DE 1649-JULIO DE 1653) (1)

I. Reflexiones sobre la Fronda. — II. Las dos primeras guerras y los intermedios. — III. El Estado incompleto. — IV. Guerra general (febrero de 1651-julio de 1653). — V. Ruinas materiales. — VI. Ruinas políticas.

## I.—Reflexiones sobre la Fronda

Dióse á la guerra civil el nombre de Fronda aplicándole el de un juego de niños prohibido por la policía; y, en efecto, fué un juego, pero abominable. Por un momento, trátase de una reforma del Estado, y esta reforma era necesaria y eran muy justos los cargos, las cóleras y hasta los furores contra el gobierno del cardenal; pero en seguida, al Parlamento que reclama la reforma y se encarga de realizarla, se juntan príncipes, grandes señores y sus clientelas, cuyos móviles son la codicia vulgar, amores casi todos frívolos, enojos, caprichos ó simplemente la necesidad de agitarse.

Durante los cuatro años de la Fronda, Monsieur y el príncipe de Condé serán tan pronto aliados como enemigos, ora estarán con el rey, ora contra el rey, el primero siempre inseguro y ligero y el segundo siempre inquieto y arrebatado. Mademoiselle, la singular hija de Monsieur, cuando cerró al rey las puertas de Orleans, obedeció á una sugestión por haberle predicho su astrólogo que realizaría aquel mes «alguna cosa extraordinaria?» Y cuando, en ocasión en que el Señor Príncipe estaba á punto de ser acorralado por las tropas del rey contra la puerta de San Antonio, mandó abrir esta puerta y disparar contra el ejército real el cañón de la Bastilla, quiso poner al rey en trance tan apurado que se viera obligado á pedir su mano, vengándose así de una frase dicha, al parecer, por la reina madre: «El rey no será para su nariz con todo y tenerla tan larga?» La señora de Longueville, esposa de Condé, deliciosamente bella por los colores de su rostro, por el «azul turquesa» de sus ojos y por el rubio plateado de sus cabellos, y parecida «mucho más á un ángel que á una mujer,» sufría, siendo como era princesa de nacimiento, por no ser más que duquesa de Longueville, aun cuando el duque, su esposo, descendiera del más ilustre de los

(1) FUENTES: Además de las citadas al frente del libro I y en la pág. 4: *Journal de ce qui s'est fait es assemblées au Parlement depuis le commencement de janvier 1649. Nouveau Journal contenant tout ce qui s'est fait et passé aux Assemblées des Compagnies souveraines ou Parlement de Paris es années 1648 et 1649* (estos dos Diarios han sido publicados en 1649). *Suite du vrai journal des Assemblées du Parlement... depuis la Saint-Martin 1649 jusques à Pâques 1651*, París, 1651. *Le Journal ou Histoire du temps pré ent, contenant toutes les Déclarations du roy vérifiées en Parlement et tous les arrêts rendus depuis le mois d'avril 1651 jusques en juin 1652*, París, 1652. *Registres de l'Hôtel de Ville de Paris pendant la Fronde*, publicados por Leroux de Lincy y Douet d'Arcq, 3 vol. («Société de l'Histoire de France»). *Les Mémoires del P. Berthou de Guy Joly, de Lenet, de Conrart, en la colección Michaud y Poujolat. Les Mémoires de Puysegur*, publicadas por Tamizey de Larroque, París, 1883. *Les Mémoires de Coligny-Saligny* («Société de l'Histoire de France»). Moreau, *Bibliographie des Mazarinades et Choix des Mazarinades* («Société de l'histoire de France»).

OBRA DE CONSULTA: Además de las citadas al frente del libro I: Arvede Barine, *Louis XIV et la Grande Mademoiselle*, París, 1905.

le ofrecía de gritar, de romper cristales y de disparar sus fusiles. Le habían arrebatado á Broussel, un hombre de bien, enemigo de los alcabalers y de los grandes, y había exigido que se lo restituyeran; pero ¿qué habría hecho aquella plebe si hubiese entrado en el Palacio Real? Los insurrectos habrían llevado al rey á la Casa Consistorial; «lo demás» no les preocupaba, decían, y de buena gana «le prenderían fuego;» mas no concebían París ni el Estado sin el rey, y por esto gritaban: «¡Viva el rey solo!» lo cual era una concepción demasiado sencilla.

La reina resolvió castigar á los que, según frase de Mazarino, habían «dado al rey como asociado á Broussel, y estaba tanto más irritada cuanto que el Parlamento continuaba celebrando sus asambleas, no queriendo «defraudar las esperanzas del pueblo» y temiendo, si el orden se restablecía, tener que habérselas con «el poder soberano del rey.» De suerte que era atrevido, como sucede con frecuencia en las revoluciones, porque tenía miedo.

Mazarino concibió la idea de trasladar la corte á Rueil, dejando pasar tiempo hasta que llegara el Señor Príncipe con las tropas de Flandes; entonces se pondría sitio á la ciudad y se la reduciría á la obediencia. La corte salió de París y los parisienses se quejaron de que la ausencia del rey disminuía el comercio y se apercebieron á sostener un sitio; pero, una vez en Rueil, la corte tuvo miedo «á la energía del Parlamento,» á una sublevación de las provincias y á una negativa á pagar el impuesto. Monsieur y el Señor Príncipe se habían reunido con la reina, pero el indolente Monsieur no quería saber nada de los negocios públicos y las intenciones de Condé eran ambiguas, pues si por un lado detestaba á la gente togada y no le ocultaba que sus pretensiones á gobernar el Estado le parecían grotescas, por otro despreciaba al cardenal y no quería «poner sobre su cabeza á ese desarrapado de Sicilia.» Ni de un lado ni de otro había «persona capaz de aquietar los espíritus ni de inspirar confianza.» Y como no era cuestión de hacerse unos á otros la guerra, era preciso llegar á un acuerdo.» El 22 de octubre, una Declaración confirmó la constitución de la Cámara de San Luis, siendo registrada el 24. Aquel mismo día se firmaron los tratados de Westfalia; pero la Westfalia estaba lejos del Puente Nuevo y el suceso pasó casi inadvertido.

La corte regresó á París; pero el Parlamento prosiguió sus asambleas, en las que algunos hombres de bien persistían en su propósito de «reformular el Estado,» y una docena de agitadores se encarnizaban con el cardenal porque el temor á un castigo les tenía «en inquietud perpetua.» La corte decidió repetir el fracasado intento de fuga, y en la noche del 5 al 6 de enero la reina, después de haber comido alegremente la torta de Reyes, partió para Saint Germain; la hija de Monsieur, Mademoiselle, que viajó en la misma carroza que aquélla, dice que nunca vió una persona de mejor humor.

Monsieur y el Señor Príncipe habían acompañado también esta vez á la corte; de suerte que los beligerantes se hallaron frente á frente: de una parte el rey y la familia real y de otra el Parlamento. Va, pues, á comenzar la guerra.



bastardos reales, del bello Dunois, y quiso demostrar al rey y al mundo entero, con sus rebeliones, que era de la legítima sangre de Francia? ¿O es que la hermosa hastiada que cuando querían distraerla respondía: «¡Qué queréis! No me gustan los juegos inocentes,» quiso divertirse con juegos que de inocentes nada tenían? Y el día en que, en un consejo de familia, apremió á su hermano mayor Condé para que hiciera la guerra al rey, ¿impulsábala á obrar así la idea de que permaneciendo el reino en paz se vería obligada á volver al lado de su marido á quien había engañado con escándalo y que no se había enterado de ello hasta mucho después de ser la cosa del dominio público? Turena, el grave y sombrío Turena, ¿qué ocultaba detrás de «sus grandes cejas unidas?» Hijo del duque de Bouillon, á quien Richelieu quitó Sedán, ¿prepara el desquite de su familia? Intentará desmoralizar un ejército real y mandará, en Champagne, tropas españolas. Tal vez quiso únicamente poner, con su misma traición, más elevado precio á sus servicios; y realmente, después de la primera guerra pedirá para reconciliarse el título de generalísimo de los ejércitos de Su Majestad y el gobierno de Alsacia. ¿O acaso se dejó abrasar por la linda llama del azul turquesa y en el reflejo de los cabellos plateados? Porque se dice que hizo una declaración amorosa á la señora de Longueville. En cuanto á Pablo de Gondí, sobrino y coadjutor del arzobispo de París, es un personaje curioso y el más inteligente de todas esas gentes de la Fronda. Capaz de concebir ideas políticas, expresó algunas en términos admirables; vió perfectamente que el vicio capital de la monarquía era que aparentando tener leyes no las tenía, y describió el gesto de los que, al comenzar los disturbios, buscaron las leyes á tientas y no encontrándolas desaparecieron. Supo manejar hábilmente á los hombres y á las mujeres y cautivarlos de tal modo, que ni su feo semblante de míope demasiado moreno, ni sus piernas torcidas, ni sus trajes demasiado vistosos, ni su mala conducta pública y privada le impidieron ser admirado y amado por gentes muy de bien. Frecuentó lo mismo el populacho que la corte, los habitantes de las buhardillas que los miembros del Parlamento. Era en verdad una potencia. ¿Qué quiso hacer de ella? También él es un erudito que busca modelos en el pasado; pero estos modelos no son el severo Catón el viejo, ni el héroe Catón de Utica, ni el legal Pompeyo, sino Coriolano, Mario, Catilina y Fiesque. Todos estos papeles los ensayó, pero no pudo ni quiso representarlos hasta el final. Entendía este Coriolano que había de ser cardenal y lo fué, en efecto. ¿Era este para él un medio de llegar al «ministeriado,» dado que parecía haberse entronizado la costumbre de que era necesario ser cardenal para ser primer ministro? ¿O es que fué un diletante, espectador y actor regocijado de una tragi-comedia, y autor, al mismo tiempo, que encontraba la escena que había de representarse ó, si no daba con ella más que *a posteriori*, suponía que había sido representada para insertarla entre las mentiras de sus Memorias?

El historiador no tiene tiempo para buscar la solución de esas adivinanzas; lo que le interesa es el hecho de que Francia se vió desgarrada por gentes que no tenían una idea noble ni un sentimiento generoso, hecha excepción de algunos honrados parlamentarios y bur-

gueses. Nada más triste y vergonzoso en nuestra historia que estos cuatro años de guerra sin honor para nadie, como no sea para algunos oficiales de «viejos regimientos» cuya firme fidelidad salvó al rey y á la nación. Michelet decía: «Páresele á uno que escribe la historia de Charentón, menos loca que vergonzosa;» y añadía: «Me pesa en extremo narrar todo esto.» Y, sin embargo, es preciso narrarlo, aunque sea muy de prisa. La historia de la Fronda explica lo incompleto del Estado y de la patria y revela una espantosa incapacidad para reunirse, concertarse y encontrar recursos é ideas que oponer á la fuerza del rey. Finalmente, la Fronda, observada y comprendida por el niño rey, explica, en parte, las ideas y los sentimientos políticos de Luis XIV.

## II.—Las dos primeras guerras y los intermedios

Una primera guerra duró tres meses y en ella casi no hubo acciones militares: los parisenses hicieron algunas demostraciones ridículas que les divertieron en grande; y Condé, con sólo algunos millares de hombres, bloqueó la ciudad y en las pocas ocasiones en que los burgueses le hicieron frente, fué «el torrente que todo lo arrastra.»

El Parlamento, no queriendo convenir en que estuviera en estado de rebeldía, hizo saber al rey que no era contra él contra quien tomaba las armas, sino contra Mazarino: «es vergonzoso, dijo, para el príncipe y perjudicial para los súbditos que un particular se apodere de una parte demasiado grande de su afecto y de su autoridad, pues aquél ha de distribuirse entre todos, y ésta sólo á él debe corresponder.» Y terminó con estas palabras: «Tomad nuestra resolución de alzarnos en armas no como un acto de rebelión, sino como un efecto de nuestro deber.» Cierta día, un heraldo de armas, llegado de Saint-Germain, presentóse en la puerta de San Honorato y dijo al jefe del puesto que traía un paquete para el Parlamento; el oficial corrió al Palacio para recibir órdenes de la Asamblea, la cual deliberó acerca de la siguiente dificultad: si admitía el mensaje, encontraría en él mandatos del rey y, si los desobedecía, cometería un acto de rebelión. Negóse, pues, á recibir al heraldo, pero alegando la razón de que un heraldo de armas solamente puede ser enviado á un soberano ó á un enemigo, y como el Parlamento no era lo uno ni lo otro, si se negaba á oír al mensajero, hacíalo únicamente «por respeto.» A tales subterfugios de jurista tenía que recurrir aquel alto cuerpo. El cardenal de Retz dijo con mucha razón: «Al rey no se le hace la guerra por las conclusiones de sus abogados y procuradores;» y añadió: «Esta compañía no obra sino sobre la base de armonizar las ordenanzas reales con la guerra civil.»

Los burgueses, que en un principio estaban muy animados, no tardaron en calmarse, pues encontraban que los impuestos de guerra se repetían con demasiada frecuencia, lo propio que las guardias, que hacían montar por sus criados, y les disgustaban el cerco de la ciudad, la interceptación del pan de Gonesse y el saqueo de las casas de campo por los soldados. Además, veían en las calles caras patibularias, «mucho populacho armado de bastones, de hachas y de otras armas de esta clase, que llevan escrito en su rostro el propósito de la sedición.» Estas gentes nada respetaban: ya en los pri-

meros disturbios, en el mes de agosto de 1648, habían insultado al gobernador de París, que era un mariscal de Francia; habrían arrojado al río al canciller de Francia, si no hubiese logrado refugiarse en una casa, en donde se escondió en un armario; y habían tuteado al primer presidente. Los burgueses no podían continuar mucho tiempo en tan mala compañía.

No mejor para ellos era la de los príncipes que combatieron ó intriguaron en favor de la Fronda, tales como la señora de Longueville y su hermano Conti, que se habían separado de su hermano mayor Condé para darse importancia; el duque de Bouillon y su hermano Turena que intentó arrastrar el ejército de Alemania al partido frondista y no habiéndolo conseguido hubo de huir á Holanda; y el príncipe lorenés, de Elboeuf, un indigente ávido y deshonorado. Los príncipes, siguiendo una tradición muy antigua, pidieron ó aceptaron la ayuda de España, y el mismo Parlamento recibió á un enviado español.

Los magistrados honrados se disgustaron de aquellos criminales manejos y el primer presidente Molé tuvo el valor de negociar y firmar, en los primeros días de marzo, la paz por la cual el rey confirmó una vez más la declaración de 1648 con algunas modificaciones.

Los grandes señores y las damas ilustres vendieron lo mejor que pudieron su sumisión, viendo concedidas casi todas sus peticiones cuya lista es larga, asombrosa, desvergonzada y grotesca. Entonces se demostró, y la lección no resultará perdida, que era ventajoso portarse mal; y el cardenal se aprovechó de esta opinión:

«Todos querían maltratar al cardenal, pero todos querían que continuara para aprovecharse de ello... La facilidad con que perdonaba á sus enemigos despojaba á éstos de esa animosidad que encontramos en el corazón de las personas que saben que han ofendido y que, no esperando perdón, llevan siempre su ofensa hasta el último extremo; y era para ellos muy cómodo poder esperar siempre una reconciliación con él y encontrar, si se sometían á su dominación, los beneficios y el perdón juntamente... Los más dignos de compasión fueron las gentes honradas, privadas de recompensas que creían haber merecido por su fidelidad... y que veían como todas las mercedes eran para los criminales de lesa majestad.»

A aquella primera guerra siguió un intermedio tumultuoso. Varios parlamentos de provincias, rezagados con relación al de París, sostenían frondas provinciales: el parlamento de Aix contra el gobernador de Provenza; el de Burdeos contra el gobernador de Guiena. Otras regiones, en donde la agitación había sido superficial, la Normandía, cuyo gobernador era Longueville, y el Anjou, se apaciguaron poco á poco.

En cambio, preparábanse tormentas en la corte. Condé se vanagloriaba de haberla salvado, y sus compañeros de armas, los «petímetros,» le daban escolta, con sus bigotes retorcidos hacia arriba, su mano en la espada, ingeniosos, burlones é insolentes. Además, se había reconciliado con su hermano y con su hermana. La señora de Longueville acogía con hastiada sonrisa á la Corte y á la Ciudad que «acudían á su casa en adoración.» Esta familia se ensañó con Mazarino, á quien encontraba ridículo; Condé le obligó á prometer, mediante un tratado en forma, que nada haría sin su

permiso; y para substraer á la reina á su influencia, ordenó á un hidalgo que se declarase galanteador de aquella mujer altanera y fiel á su italiano. Al mismo tiempo pedía para sí y para sus amigos gobiernos, honores, dinero, toda la Francia, en una palabra.

Con la misma solicitud que había puesto en la negociación de la paz de Westfalia trabajó Mazarino para coligar contra Condé á todos aquellos que no querían abandonar al príncipe y á su familia todo el botín de honores y de dinero. Para ello podía contar con Monsieur, á quien ofuscaba el esplendor del Señor Príncipe, y con los Vendome que detestaban á los Condé; pero era preciso contar además con los frondistas, es decir, con el Parlamento y con la multitud, y el coadjutor y la señora de Chevreuse se ofrecieron á conquistarlos, mediante un salario que les fué prometido, concertándose el día 14 de enero de 1650 un acuerdo entre la reina y el cardenal de una parte, y la duquesa de Chevreuse y el coadjutor de otra. Cuatro días después fueron detenidos Condé, Conti y Longueville; nadie se alteró por ello y aun los parisenses encendieron fogatas en señal de alegría.

De nuevo estalló la guerra. Princesas, duques y grandes señores recorrieron las provincias agitando todo lo que se prestaba á ser agitado, sin que, en resumidas cuentas, consiguieran gran cosa. Mazarino hizo que el rey realizara algunas excursiones por la Normandía, que la señora de Longueville había querido sublevar, y por la Borgoña, de donde era gobernador el Señor Príncipe. Por donde quiera que pasó el niño fué objeto de admiración, y el pequeño ejército que sitió y tomó Bellegarde sintióse tan animado por la presencia del rey, que los soldados, según decía Mazarino, se habrían apoderado de la plaza con los dientes, si se lo hubieran mandado.

El esfuerzo revolucionario no revistió caracteres graves más que en Guiena. La princesa de Condé, después de la detención de su esposo, corrió á Burdeos en donde encontró un Parlamento que detestaba al gobernador y una población violenta, exasperada por la miseria, muy bordelesa, capaz de dar oídos á las proposiciones de España y de Inglaterra y que aplaudía las peroraciones democráticas y hasta republicanas. Pero en agosto llegaron el rey, la reina y Mazarino con un ejército y pusieron estrecho cerco á la ciudad. No había que esperar ningún pronto auxilio y era, además, cosa grave resistir «al rey en persona;» el Parlamento y la burguesía se asustaron de la alianza de los príncipes con los demagogos y con el extranjero; y habiendo en esto llegado el otoño, los bordeleses no quisieron que sus viñedos fuesen vendimiados por las tropas. En su consecuencia, en octubre Burdeos capituló.

En el entretanto, los españoles mandados por el archiduque Leopoldo, gobernador de los Países Bajos, á quien ayudaba Turena, habían pasado la frontera septentrional; habían estado á punto de apoderarse de Guisa; en agosto y octubre habían amenazado París, y al fin habían retrocedido al tener noticia de la capitulación de Burdeos. Mazarino, al frente del ejército del rey, marchó contra ellos, derrotó á Turena en Rethel el día 15 de diciembre, y regresó á París.

Dos meses después (febrero de 1651), se veía obligado á huir.



Mazarino no había cumplido las promesas del tratado de enero, y ni él ni la reina quisieron dar el capelo cardenalicio al coadjutor, el cual en unión de la señora de Chevreuse conspiraron de nuevo y se atrajeron á Monsieur y á Beaufort. La misma coalición que había consentido la prisión de los príncipes reclamó la libertad de éstos. A fines de enero de 1651 convínose, por medio de varios tratados, que Monsieur tendría la alta dirección en el Consejo, que el duque de Enghien, hijo de Condé, se casaría con una hija de Monsieur, y Conti con la señorita de Chevreuse, deshonrada por el coadjutor, que se jactaba de ser su amante; que el coadjutor tendría el capelo, etc.

Beaufort era adorado por las verduleras, y el coadjutor muy querido de sus párocos y de su clientela de pobres y de indigentes y tenía amigos en el Parlamento, en donde las personas honradas continuaban detestando á Mazarino y en donde los perturbadores volvían á producir disturbios. El Parlamento, pues, pidió la libertad de los príncipes y por añadidura el destierro de Mazarino, quien, al verse solo contra todos, perdió la cabeza y se fugó en la noche del 6 al 7 de febrero. Esperaba que la reina iría á juntarse con él en Normandía; pero la soberana se vió bloqueada en el Palacio Real y vigilada con centinelas de vista; en vista de lo cual, el cardenal partió para el Havre, en donde estaban encerrados los príncipes, con la esperanza de negociar con ellos algún arreglo. Pero los príncipes se mofaron de él, y mientras regresaban á París, Mazarino se encaminaba á Alemania, deteniéndose en Brühl, en el electorado de Colonia.

Aquel hombre se había atraído todos los descontentos y todos los odios; como al jumento de la fábula perseguido por la protesta pública, se le acusaba de ser el causante de la peste que asolaba al reino, y la gente quería hacerse creer á sí misma que si los negocios iban tan mal era únicamente porque los dirigía un extranjero: «Señores, remontémonos al origen del mal, dijo un día en el Parlamento el consejero Blancmesnil. Todos nuestros sufrimientos se deben al cardenal Mazarino, que es extranjero y que no quiere á Francia, y mi conciencia me dice que aquí es adonde hay que acudir con el remedio. Ya no respiramos un aire francés, sino italiano.» Mazarino, en efecto, había traído de Italia un soplo de malaria; pero cuando hubo partido, se vió que una persona no es nunca tan dañina como se cree y que las causas de los grandes males son varias y profundas. Y efectivamente se produjeron en el gobierno movimientos de buque cuyo timón no funciona: una asamblea de la nobleza pidió los Estados generales, remedio habitual en los tiempos de enfermedad, pero que nunca había curado al enfermo, y el Parlamento, que afirmaba ser él los Estados generales, se incomodó de que hubiera quien osara hacer tal proposición. Los hombres de toga se pelearon con los hombres de espada y varios hidalgos hablaron de arrojar al primer presidente al Sena. Al fin la corte otorgó la convocación de los Estados generales, y se procedió á las elecciones y se redactaron los cuadernos, pero los Estados no se reunieron.

La reina, á quien Mazarino aconsejaba desde Brühl, comenzó á halagar á Condé y á fingir que se ponía á su servicio, y el príncipe rompió imprudentemente con

sus aliados, desafiándolos, y Conti se negó á casarse, como había prometido, con la señorita de Chevreuse. Esta entonces se dirigió al cardenal haciéndole saber que «al presente era libre» y que podía servirle «por medios infalibles», y en unión del coadjutor se puso al frente de la intriga contra Condé. En el Parlamento y en las calles ocurrieron escenas extrañas, hasta que al fin, puestos de acuerdo Beaufort, el coadjutor, el Parlamento y la plebe, firmóse un tratado en agosto de 1651. La coalición que había permitido á Mazarino mandar prender en enero de 1650 á los príncipes y que en febrero de 1651 le había obligado á expatriarse, se reproducía ahora contra el Señor Príncipe.

Condé salió de París en septiembre, en el momento en que el rey, que había cumplido trece años y un día, hizo ante el Parlamento la declaración de su mayor edad, y fué á posesionarse del gobierno de Guiena, que había exigido á cambio del de Borgoña, comenzando entonces otra vez la guerra. La reina y el rey, escoltados por un ejército poco numeroso, pero compuesto de veteranos leales, se dirigieron á Poitiers, y sus soldados obligaron á Condé á repasar el Charente, que había cruzado, y lo rechazaron luego al otro lado del Dordoña. Como el príncipe había tenido tratos con España, á la que había entregado algunas plazas, el Parlamento había registrado una Declaración del rey contra el rebelde y el traidor. Parecía, pues, completamente perdido, cuando á fines de diciembre de 1651 se supo que llegaba el cardenal con un ejército reclutado en Alemania, y que se dirigía á Poitiers.

El desterrado había temido que le perjudicaran en el concepto de la reina y pensaba que no faltaría quien «desacreditara sus consejos» diciendo que ya no estaba «al corriente de los negocios.» Pero aún temía algo peor: «Sé que habéis dicho varias veces á Lionne (1), escribe á la reina, que por qué no ocupaba mis habitaciones, manifestándole cuánto os disgustaba que se mojara atravesando el patio; esto me ha quitado el sueño dos noches seguidas y tales cosas serían capaces de ocasionarme la muerte.» Se acordaba de que en otro tiempo la reina se había mostrado con él igualmente pesadosa porque tenía que atravesar el jardín del Palacio Real para dirigirse á su cámara. Quiso, pues, volver á ver á la reina, aunque para ello hubiera de arriesgar su vida, según le decía en una de sus cartas; volver á verla sólo tres días «aunque luego hubiese de morir;» volver á verla aunque sólo fuera dos horas, y «si esta entrevista se lleva á cabo, se verán cosas que quizás no se han visto nunca.» Y terminaba diciendo: «Todo perecerá ó yo os veré dentro de quince días.» La reina, por otra parte, le había apremiado para que volviera, pues no podía soportar su ausencia. Un día, durante el segundo destierro del cardenal, le escribió: «Me aburro mucho. No tengo ánimos para escribir extensamente, ni sé bien lo que digo. He recibido vuestras cartas todos los días; sin ellas no sé lo que sucedería. Adiós, no puedo más.»

Este odioso regreso de Mazarino avivó la guerra.

El Parlamento ofreció 50.000 escudos por la cabeza del cardenal y Monsieur y Condé se obligaron recípro-

(1) Hugues de Lionne, entonces secretario de órdenes de la reina.

camente á no deponer las armas mientras no lo hubieran expulsado del reino (diciembre de 1651-enero de 1652). Del mismo modo que había negociado con los españoles, negoció Condé con los ingleses, entrando entonces en campaña varios ejércitos, del rey, de Mazarino y de los Príncipes. Mademoiselle quiso por un momento tener también el suyo, y en efecto, sostuvo algunas «compañías.» Preciso es que nos paremos á estudiar todos estos hechos, estos alzamientos en armas y estas negociaciones con el enemigo, que hoy serían crímenes y que en aquellos tiempos casi á nadie asombraban. La explicación de todos ellos está en el estado incompleto en que el Estado se encontraba.

### III.—El Estado incompleto

El reino de Francia estaba plagado de supervivencias feudales, no siendo todos los franceses súbditos en el mismo grado del rey, que tenía su clientela particular.

Puysegur, uno de los funcionarios que no faltaron á su deber durante los desórdenes, refiere en sus memorias que un día del año 1649, hallándose en Saint-Germain, en donde acababa de refugiarse la corte, prestaba su servicio de «maestresala» y «llamaba suavemente á la puerta de la cámara del rey» para advertirle que era la hora de cenar, cuando el señor de Elboeuf, que aquella misma noche había de huir á París para ponerse á las órdenes de la Fronza, se le acercó y le dijo: «Puysegur, sois amigo mío... Tengo encargo de ofreceros cien mil escudos si venís conmigo.» Puysegur respondió:

«Señor, en la función que actualmente desempeño de ir á buscar al rey para hacerle vivir, teniendo el honor de ser su maestresala, súbdito suyo nato y teniente coronel de uno de sus viejos regimientos, no hay forma de que me ponga al lado de gente que quiere hacerle la guerra.»

En otra ocasión, en que el conde de Harcourt hablaba en su presencia de no obedecer una orden molesta, Puysegur le recordó la obligación que tenía de obedecer, puesto que era del rey, desde el momento en que era su escudero. Y finalmente, habiéndole el propio Monsieur, en el momento de romper con la corte, ofrecido una merced, la rechazó, haciendo él mismo sobre este particular la siguiente declaración:

«Agradecíle su buena voluntad; ya sabía yo que comenzaba á estar reñido con la reina y no quería tener compromisos con él, y menos aún obligaciones; y la razón de esto está en que cuando nos vemos comprometidos ó obligados con alguien, es menester que le sirvamos cuando necesite de nosotros.»

Aquel servidor leal entendía que una «obligación» para con el rey, como el ser su maestresala, teniente coronel de uno de sus regimientos ó su escudero, añadía nuevos deberes al de los «súbditos natos,» deber que podía ser anulado por una «obligación» para con otra persona reñida con el rey. De modo que existía un patronato particular del rey en el que entraban todos los servidores de su persona y que solicitaban hasta las gentes más humildes; así el día en que se proclamó la mayor edad de Luis XIV, vióse en el cortejo á pobres hidalgos rurales, cabalgando en caballos abrumados de fatiga que habían venido de Normandía para «ofrecerse al rey.»

Lo mismo que el rey, eran los príncipes y los señores patronos de clientelas. Condé tenía vasallos y súbditos en sus ducados de Enghien, Chateauroux, Montmorency, Albert y Fronsac, y tenía, además, regimientos suyos cuyos oficiales sólo á él debían obediencia. En septiembre de 1651, estos regimientos se encontraban en la frontera de Picardía, enfrente de los españoles, «cerca del ejército, no con los grandes cuerpos, sino separados,» y á una orden de Condé abandonaron su puesto y se dirigieron al Loira para combatir al ejército del rey. Los oficiales que mandaban las plazas de las cuales él era gobernador, como Dijón y Bellegarde en Borgoña, Clermont, Jametz y Stenai en Lorena, y Montrond en el Bourbonnais, no recibían más órdenes que las suyas. Su autoridad personal era grande en las provincias que en nombre del rey gobernaba, y por otra parte, varios grandes personajes estaban ligados á él por obligaciones; así por ejemplo, varios gobernadores de provincia, como el conde Daugnón, un mariscal de Francia, Tavannes, y un comandante de ejército, Marchin. En el momento en que el príncipe llegó á Guiena, Marchin ejercía el mando de Cataluña en nombre del rey; mas como dependía de Condé, creyóse obligado á seguirle, y negándose á entregar á los españoles la plaza de Barcelona, la dejó suficientemente guarnecida y se marchó, conciliando de esta suerte dos deberes. Estos personajes constituían la clientela grande del príncipe; en cuanto á la pequeña era numerosa, y apenas se suponía que iba á acometer una empresa, su «corte» se llenaba de «gentes indefinidas que se ofrecen siempre á los partidos cuando empiezan á formarse.» Además mantenía á escritores, comensales pensionados como Marigny, persona de ingenio, cuyas funciones consistían en divertir al príncipe y en dirigir el «servicio de la prensa,» como dice el duque de Aumale (en el palacio de Condé había una imprenta), y á hombres de acción, organizadores de desórdenes, como cierto «constructor, empresario de techumbres y armaduras» que facilitaba al Señor Príncipe «gran número de intrigantes que armaran ruido en su favor en el Palacio y en todas partes.»

El Señor Príncipe contaba, pues, con todos los medios necesarios para sostener una guerra civil; y su condición de príncipe de la sangre casi le daba el derecho de hacerla, ya que entrañaba una especie de poder indefinido: «Es preciso, decía Mademoiselle, que las intenciones de los Grandes sean como los misterios de la fe, que les está vedado á los hombres penetrar; hay que reverenciarlas y creer que sólo tienden al bien y á la salvación de la patria.» Un príncipe de la sangre estaba por encima de las leyes, todo el mundo convenía en ello; y Mazarino sabía que los príncipes eran tan temibles, que el objetivo principal de su política fué evitar la enemiga á un mismo tiempo de Orleans y de Condé. «La salud del Estado, decía, consiste en la desunión de los príncipes.»

Un príncipe de la sangre hacía creer fácilmente que podía, sin cometer una traición, negociar con el extranjero. En 1665, Condé trató con el rey de España en nombre propio y en el de sus confederados, «Armando de Borbón, príncipe de Conti, príncipe de la sangre, Ana de Borbón, duquesa de Longueville, princesa de la sangre, etc.» y no se puso al servicio del rey Felipe,